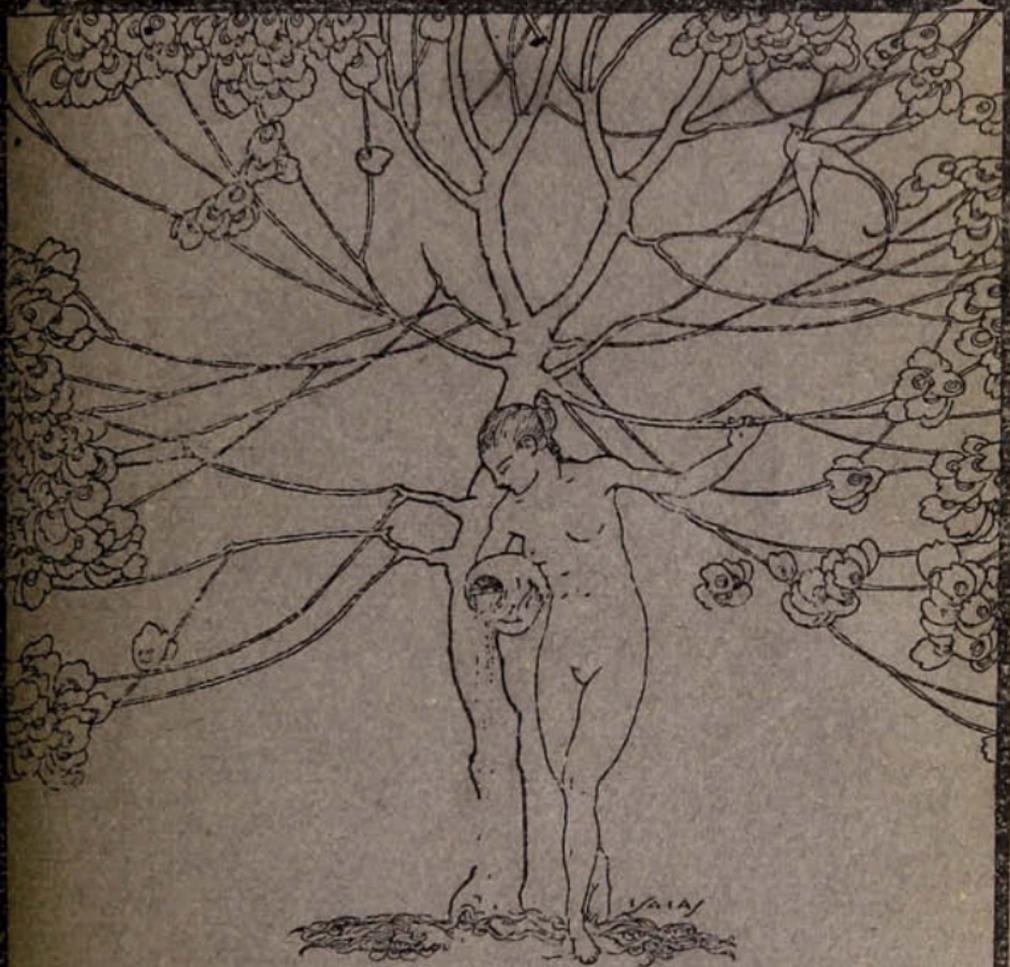


JUVENTUD



LAS DOS CARÁTULAS

EL TERROR BLANCO y el "NUEVO REGIMEN"

"EL GOBIERNO DEL AMOR"

SAN GREGORIO

SANTIAGO DE CHILE, ENERO, FEBRERO, MARZO DE 1921

SUMARIO. — NUESTRA PALABRA DE AYER. — HOY. — DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CHILE. — MANIFIESTO DEL PRESIDENTE DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CHILE, por *Alfredo Demaría*. — COMIENZA LA FARSA, por *Juan Gandulfo*. — EL DÍA DEL ASALTO, por *R. Meza Fuentes*. — CONTINÚA EL EPISODIO, por *Rigoberto Soto Rengifo*. — EL SABLEO EN LA ALAMEDA, por *Fernando G. Oldini*. — EL CRIMEN DE MAGALLANES, por *Guillermo M. Bañados*. — PALABRAS SERENAS, por *Juan Enrique Lagarrigue*. — ASTORQUIZA, PERSEGUIDOR DE PERUANOS, ES PERUANO. — ESCRITOS PRESENTADOS, por *Pedro Gandulfo Guerra*, *Rigoberto Soto Rengifo*, *José Astorquiza Libano* y *Ascencio Astorquiza*. — UN DICTAMEN DEL PROMOTOR FISCAL, por *Julio Plaza Ferrand*. — SOBRE EL INFORME DEL FISCAL, por *Julio Valiente*. — UNA CARTA DE CÉSAR FUENZALIDA. — ELEGÍA, por *Berta Quezada*. — HACIENDO LUZ, por *Guillermo M. Bañados*. — AL MARGEN DE LOS HECHOS, por *Rudecindo Ortega*. — EL CASO DE LUIS A. SOZA. — UNA PROFECÍA LÍRICA, por *Fernando G. Oldini*. — PEDRO LEÓN UGALDE ANTE LOS RESTOS DE DOMINGO GÓMEZ ROJAS. — UN MANIFIESTO DEL GRUPO UNIVERSITARIO INSURREXIT. — LA DEFENSA DE SANTIAGO LABARCA. — HOMENAJES: a la Prensa de Chile; al *Zig-Zag*; al *Diario Ilustrado*; al Ministro Astorquiza y al Alcaide Ascuí; a los oficiales de ejército que dirigieron el saqueo de la Federación de Estudiantes. — Autógrafo y fragmentos de un poema de GÓMEZ ROJAS. — JUVENTUD A UNAMUNO. — Resumen y Documentación. — No hemos terminado

Comienza la farsa

(El 19 de Julio una turba de borrachos destruyó la Imprenta *Numen*, apaleó en la calle a Santiago Labarca, y penetró al local de la Federación donde se desarrolló la escena que describe el compañero Juan Gandulfo).

19 de Julio de 1920

“La mirada embriagada en los cielos
Y aromados por una mujer.”

—¡Qué idea más rara se formarán de nuestra civilización las generaciones futuras, si después de un cataclismo se encontrara entre las ruinas de la Federación de Estudiantes, únicamente el trozo de arcilla que contiene estos versos; exclamaba el maestro Allende, mientras contemplaba extasiado el bajo relieve, obra del artista Isaías Cabezón, que adorna el hall del Club.

Federico O. Carvallo contempló al maestro con mirada nazarena, y su rostro se iluminó con esa su sonrisa seráfica y mefistofélica a la vez; sin duda, hallaba a la frase de Allende un sabor demasiado picante. González Vera golpeó cariñosamente el hombro al maestro, se quitó el eterno cigarrillo de la boca, arrojó con voluptuosidad el humo que envolvió en una aureola trágica su cabeza de revolucionario y acercándose al oído de su amigo susurró con tono misterioso:

—La historia mentiría como siempre, pues nos confundirían los arqueólogos con los socios del Club Fernández Concha.

Una carcajada general estalló: maestro Allende sacudía convulsivamente su busto de Balzac; González

Vera se cubría la boca con la mano izquierda tétricamente envuelta en un guante negro, mientras golpeaba con su diestra el hombro de su vecino como llevando el compás de su risa hueca; Federico reía académicamente, sin perder la rigidez de su figura esbelta y de su cuello almidonado, largo cual un puño de notario; el gringo Brinck miraba impasible la escena como un ser venido de otro planeta; yo me secaba las lágrimas, pues en mí estas reflejan el placer, cuando sufro no lloro.

De pronto entró dando zancadas Oscar Millan; miró al grupo y exclamó con acento anhelante:

—¡Vienen cuatrocientos patriotas a buscar la cabeza de Gandulfo!; luego se introdujo al comedor, después asomó su cabeza de mandarín opiómano y agregó:

—¡Vienen cuarenta patriotas a buscar la cabeza de Gandulfo! y volvió a desaparecer. Apareció por tercera vez, hizo un gesto de excéntrico inglés y dijo:

—¡Vienen cuatro patriotas, etc., etc.!

Al principio, nosotros lo miramos con extrañeza, pero luego sonreímos y volvimos a nuestra conversación pensando en una broma. Segundos después irrumpían en el hall unos cien “jóvenes patriotas”, en el rostro de la mayoría se notaba esa expresión que dá la iniciación de la embriaguez y que nuestro pueblo llama “la mirada milagrosa”. Algunos venían completamente ebrios y tropezaban a cada paso con los muebles, con las facciones apagadas con un gesto de idiotéz; uno se apoyó en el piano y empezó a vomitar en una forma repugnante, luego se limpió la boca y las narices con la punta de una bandera chilena que traía un viejo gordo con cara de cretino, y la cual ya estaba salpicada de vino y cruzada de hilos de baba y otras manchas inmundas. Nosotros, en el primer momento, los miramos con serenidad; hubo un momento de silencio, parece que sintieron vergüenza de su actitud y permanecieron algunos segundos inmóviles, indecisos. Súbitamente salió de entre ellos un muchacho, rechazando a codazos a dos oficiales del ejército que encontró a un paso, avanzó bambaleándose hacia nuestro grupo, se detuvo, eruc-

tó dos o tres veces y señalándome con el dedo y entre hipos, exclamó:

—¡Ese es Gandulfo, el amigo de los rotos, el que no quiere que haya guerra!...

Los rostros se crisparon con gestos de gatas en celo y algunos con los bastones en alto, se echaron sobre nosotros. Yo alcancé a conocer al que me acusaba: era Ivan Prá Balmaceda, a quien había atendido en la Casa de Orates y cuya salida de aquel establecimiento me la debía a mí, pues gracias a mis consejos convenció a su padre que no le convenía permanecer allí.

En el primer instante nos agrupamos: Allende, González Vera y Millan me protegieron con sus cuerpos, rechazando el ataque cobarde en una forma heroica; eran tres contra cien; Carvallo encendió todas las luces y corrió a llamar policía. Después de breve lucha nos separaron; yo ví a González Vera en el suelo, un militar lo arrastraba del pelo, mientras los demás lo pateaban y escupían; Allende con el rostro cianótico apenas se defendía, pues dos asaltantes lo estrangulaban con su propia corbata; Millan, cegado por los golpes, se defendía con un brazo, mientras que con el otro se cubría la frente herida; a mí me tenían inmovilizado tras una mesa con la cual yo defendía parte de mi cuerpo; los garrotazos, los puntapiés, las bofetadas granizaban sobre mi minúscula persona; con las manos sujetas a la espalda, yo presentaba la carne desnuda a la saña de aquellos valientes. Bien comprendí entonces que la luz había degenerado un poco la sangre de los descendientes de Colo-Colo y Michimalonco; los gritos se amalgamaban con los golpes.

—¡Linchémoslo! gritaba un jovencito, que quería demostrar su reciente llegada de Estados Unidos.

—Nó; sería una salvajada! contestaba un émulo del latino americanista Manuel Ugarte.

—¡Lancémoslo por el balcón a la calle!, proponía uno de la Escuela de Aviación.

—¡Ca... (suprimido por la censura)... a uña!, maullaba un "pantalones a cuadros" con voz de fran-

cesa trasnochada, deseando nivelarme, gracias a la cirugía campestre, a su condición de eunuco congénito.

El panorama variaba con la rapidez de una película yanqui por series, de esas que seducen a nuestros pololos aristócratas, porque absorben la atención de las mamás, las cuales descuidan la conservación del pudor de sus hijas por seguir las piruetas inverosímiles de Perla White o las crisis espamódicas de Mary Pickford. Por momentos se agolpaban sobre mí, y al tratar de rugir como leones, eructaban como gatos que han comido pescado; luego avanzaba uno, gesticulando como un polichinela o enfermo de corea, con el palo en alto, pero al ver de cerca la dureza de mi mirada, dejaba caer el brazo como rama desgajada por el peso de la fruta, y en vez de apalearme, se taconeaba las narices con cocaína, muequeando como un mico; de súbito, otro se trepaba sobre una mesa y bambaleándose sobre ella, iniciaba una alocución patriótica que interrumpía y terminaba con una exclamación obscura, decidiéndose a desahogar su ira santa y heroica sobre mis indefensas espaldas.

Yo, al principio estaba resuelto a sufrirlo todo estoicamente, y sólo me concretaba a rechazar las imposiciones ridículas que pretendían que yo aceptara; pero de súbito mi paciencia se agotó: salté de mi trinchera, cogí una botella llena de agua y la blandí amenazante sobre las cabezas de los que me rodeaban. La escena cambió en el acto: todos volvieron grupas y se encarnizó una lucha cuerpo a cuerpo por ganar la escalera de salida: los héroes se retiraban gloriosamente. La sala quedó vacía, luego apareció Toriello con algunos guardianes y un oficial, el cual preguntó:

—¿Cuál es el cadáver de Gandulfo?

—Yo soy, le contesté.

Dos guardias me tomaron por los brazos y me arrastraron a la calle. Allí esperaban los héroes contemplando a la Federación con la misma indignación que los revolucionarios franceses a la Bastilla. Al verme conducido por la policía, su heroísmo recrudesció y me acom-

pañaron hasta la 1.ª Comisaría, gritando que el pueblo pedía mi cabeza. Uno se me acercó amenazante, porque yo sonreía, y le pregunté no viendo sino afeminados rostros:

—¿Dónde está el pueblo?

—¡Ahí vá! —me respondió con aire triunfal, mostrándome a un atorrante ebrio, que atravesaba la calle cantando el “Cielito lindo”.

Yo reí sonoramente, y mi interlocutor castigó tamaña afrenta, descargando sobre mi frente su elegante bastón.

Cercano a la Comisaría uno de los más patriotas, cogió un adoquín para arrojármelo. Armando Pollier, que caminaba a mi lado, lo sujetó, diciéndole:

—No sea cobarde.

El criminaloide enguantado, se volvió furioso y gritó:

—¡Aquí hay otro peruano! Pollier cayó al suelo arrollado a palos. Los policías se detuvieron y lo llevaron conmigo a la Comisaría.

Entramos precipitadamente a la sala de guardia y la puerta se cerró con estrépito a nuestras espaldas. Al ruido producido por ésta, volvió la cabeza el oficial de guardia, que se encontraba atareadísimo copiando algún sesudo y salomónico “parte”.

El oficial que nos conducía habló:

—Este joven peruano, que se hace llamar Juan Gandulfo, incitaba al pueblo a la revolución, desde los balcones del Club de Estudiantes, insinuándole que no era conveniente ir a la guerra sino aprovechar el momento para destituir al Presidente de la República y proclamar la revolución social. Algunos distinguidos jóvenes patriotas que pasaban por allí tranquilamente, se indignaron al oír a este espía peruano y lo obligaron a callarse, castigándole como se lo merece. Yo, en representación de la autoridad, lo saqué de allí para salvarle la vida...

Yo, aburrido de tanta infamia, protesté:

—Señor oficial, yo soy chileno, y todo lo que acaba de decir este señor es falso.

—¡Cállate, cholo!—gruñó un guardia con cara de bulldog, que ocupaba el teléfono y trasmitía a la Prefectura y a “El Diario Ilustrado” el falso informe del oficial.

—No me interrumpa, caballero—contesté yo con sorna.

—¡Hubiera estado yo ahí, no estaría vivo este espía canalla!—volvió a gruñir el telefonista.

Yo exigí al oficial de guardia que llamara testigos; al principio se negó, pero luego, seguro de encontrarlos a su sabor, ordenó llamasen a algunos de los que aullaban su amor a la patria en la calle.

A la voz del guardia que llamaba testigos, todos retrocedieron; éste insistió amablemente y tres muchachos entraron a la sala, uno de ellos era Ivan Prá Balmaceda.

Yo al verlos, les hablé:

—Uds. son jóvenes; digan siempre la verdad; si yo he cometido alguna falta seré castigado; pero Uds. no mientan...

El oficial me interrumpió:

—¡Déjese de prédicas de canuto! A ver, señores, cuenten ustedes el hecho.

El más joven, habló:

—Nosotros estábamos bebiendo con algunos oficiales del Ejército en el Olimpia, después de haber asistido a un banquete patriótico; uno de éstos dijo que la noche anterior, en la Federación de Estudiantes Santiago Labarca, Lain Diez y Juan Gandulfo, había hablado contra la movilización, pidiendo que el Gobierno publicara las causas de ella, pues decían que no se le puede exigir a ningún ciudadano el sacrificio de su vida y del bienestar de los suyos, sin explicarle siquiera la causa de este sacrificio. Agregaban, que si había razones fundadas para la movilización, debían ser vulgarizadas para que al patriotismo emocional, se agregase el pa-

triotismo racional; todavía afirmaban que lo esencial por conocer era la movilización, y que si ya ésta se había decretado no había por qué silenciar sus causas; por último decían que los propósitos del nuevo Gobierno boliviano eran francamente amistosos para con Chile, según el secretario de nuestro Ministro en aquel país, y que desapareciendo la hipotética amenaza boliviana la situación internacional se conservaba igual que antes; pues la única razón que se había dado para justificar la movilización era el triunfo de la revolución reivindicacionista de Bolivia; y el nuevo Gobierno de aquel país declaraba oficialmente no tener animosidad en contra nuestra. Además, estos señores dudaban de los propósitos sinceros del Gobierno de Chile, pues se había alterado el plan del Estado Mayor, y decían que todo obedecía al propósito de algunos partidos políticos que querían resolver una cuestión, como la lucha presidencial, de mera política interna, inventando un problema internacional.

En fin, dieron la mar de razones falsas para enfriar el patriotismo. Después de relatarnos ésto, el oficial nos invitó a darles una paliza hasta matarlos, a Labarca, Gandulfo y Diez.

Del Olimpia nos dirigimos a la Federación, encontramos a Labarca en la calle y lo aturdimos a golpes; subimos al Club de Estudiantes y ahí encontramos a este señor, a quien hemos castigado como se lo merece.

Yo sonreí irónicamente; el oficial dijo con ira mal contenida:

—Caballeritos, si yo dejo ésto anotado en el parte, ustedes serán declarados reos por asalto y violación de domicilio; en cambio si declaran que este espía peruano le hablaba al pueblo, incitándolo a la revolución, se embroma él y ustedes quedan libres. Los muchachos se miraron indecisos; entonces pasó algo muy natural. Ivan Prá, se adelantó bamboleándose y dijo:

—Yo firmo una declaración diciendo eso, aunque no sea así, la cosa es que este amigo de los rotos se embrome y nosotros nos salvemos.

El oficial le ofreció solícito una pluma y una silla. Yo quise protestar, pero fuí llevado a viva fuerza a la cuadra de la guardia, diciéndoseme que quedaría detenido.

En ese momento llegó un amigo mío, que es capitán de Ejército y que vestía ese día traje civil; al ver la actitud del oficial lo increpó duramente, pero éste le contestó irritado:

—¡Ud. también debe ser cholo, puesto que defiende a este espía, diciendo que es chileno!

Mi amigo lo tomó por un hombro y lo sacudió re-
ciamente, dando su nombre y diciendo ser capitán de Ejército; luego llegó mi hermano, Federico Carvallo, Pedro Ugalde, el maestro Allende, el gringo Brinck y algunos políticos. Los oficiales se deshacían en reverencias ante estos últimos, después de algunas excusas, hicieron un nuevo parte en que se decía más o menos la verdad y yo fuí puesto en libertad.

En la calle llovía; al llegar a una esquina, se adelantaron hacia mí algunos obreros y me estrecharon fraternalmente la mano. Uno me dijo:

—Lo esperábamos, compañero Gandulfo, para demostrarle que no está solo. Sabemos que la movilización es pura "patilla"; tenga paciencia, ya se hará la luz y brillará la verdad y cada cual recibirá lo que le corresponde. Después nos separamos; seguí caminando cabisbajo hacia la casa de una vieja amiga que me brindaba hospedaje por esa noche, pues en mi habitación peligraría mi vida; al llegar a casa de ella, miré el cielo y lo ví negro, sin ninguna estrella, los árboles se estremecían de frío bajo la lluvia; recordé lo que me dijo el compañero obrero y pensé: ¿Se hará la luz? Brillará la verdad? ¿Recibirá cada cual lo que le corresponde?

¡Quizas!

JUAN GANDULFO.

